

PRECIOS DE SUSCRICION EN CARTAGENA.

Eco mes . . . . . 8 rs.  
Trimestre . . . . . 24.

FUERA DE ELLA.

Trimestre . . . . . 30.

NÚMEROS SUELTOS  
DEL ECO UN REAL.**ELECO****DE CARTAGENA.**

PRECIOS DE SUSCRICION EN CARTAGENA.

ECO

CARTAGENA ILLUSTRADA

Trimestre. 28 rs.

Fueraid. . . . . 34.

NÚMEROS SUELTOS

de Cartagena Ilustrada 2 rs

Puntos de suscripcion.

CARTAGENA

Liberato Montells, Mayor 24.

(SEGUNDA ÉPOCA.)

Madrid y Provincias

corresponsales

de la casa SAAVEDRA.

**Viernes 5 de Marzo.****El Eco de Cartagena.**

El distinguido general Caballero de Rodas, que pasa por una de las figuras más importantes de nuestro ejército, acaba de publicar unos artículos sobre la guerra civil, cuyo interés de actualidad crece de punto por la autoridad de la pluma que las traza.

Esto nos mueve á darlos á conocer á nuestros lectores; suprimiendo, no obstante, el primero, porque se reduce á juicios y apreciaciones generales, expuestos con talento, pero que son únicamente como el prólogo de los artículos restantes. Comenzamos, pues, la reproducción por el segundo, persuadidos de que los han de leer con viva curiosidad nuestros abonados.

**LA GUERRA CIVIL.**

Ardua y penosa sería la tarea de escribir la historia de los sucesos desde el pronunciamiento del 68; íntimamente relacionado como están con la política, en cuyo campo no queremos penetrar, basta á nuestro propósito decir que durante ese período, que acabamos de calificar de desdichado, estalló en Cuba la guerra civil, enconada, sangrienta y destructora cual ninguna; se encendió en Filipinas guerra civil, con iguales caracteres feroces, á la vez que azotaban á la Península simultáneamente guerra carlista, guerra socialista, guerra cantonal, guerra civil, en fin, en todos los dominios españoles, espantosa inmoralidad en la administración pública, asesinatos, rapiñas, secuestros, atentados contra la propiedad, incendios, impiedades, lágrimas y sangre por todas partes.

Este es el doloroso cuadro con que terminó el año 73.

En el fondo aparecen ahora pujantes como nunca las huestes carlistas, cuya bandera podría creerse enterrada para siempre, visto que los repetidos ensayos que han he-

cho sus partidarios para verificarla en el espacio de cuarenta años han sido otros tantos desengaños, que han probado más y más la repulsi6n de los españoles á semejante causa. Bueno, es, por tanto, investigar la razón del fenómeno.

El país vasco-navarro, regido por instituciones republicanas, es, sin embargo, eminentemente aristocrático, y más aun teocrático. Mandan, administran y gobiernan los señores del país con la conciencia del clero, que aquellos tienen buen cuidado en contemplar; pero, en último término, y cuando se trata de cuestiones trascendentales que le afectan, el clero se sobrepone, imperando su voluntad.

El período revolucionario, con los alardes de impiedad llevados al seno mismo de la Representación nacional, ha herido en la fibra más sensible á los vasco-navarros, que vieron desde el primer momento un ataque directo á sus arraigadas creencias católicas, á la vez que á los párrocos, objeto de su veneración y cariño. Se mostró decidido empeño en atacar la dignidad del clero exigiéndole un juramento inútil y que envolvía en la política á los que jamás debieron ocuparse de ella; se llevaron á cabo persecuciones contra su respetable ministerio; la poco meditada elección de ciertas autoridades acabó de llenar la medida, exasperando al pueblo y predisponiéndole á la rebelión contra el gobierno de la Metrópoli, bajo cualquier bandera que la iniciara. No era dudosa la que podían elegir existiendo en el país muchos elementos de los que concurren á la guerra dinástica de los siete años y no pocos ambiciosos que vislumbraban en la guerra un porvenir á sus aspiraciones, reñido con la modesta quietud del trabajo normal. En este estado, bastaba una chispa para incendiar los materiales y formar la inmensa hoguera que hoy nos devora.

La guerra estalló: levantáronse numerosas partidas en las provincias, y las disensiones de los partidos, la anarquía en toda España, la escasez de nuestro ejército, y so-

bre todo los cambios rápidos y bruscos de sistema de gobierno, convirtieron aquellas en batallones, los batallones en brigadas y estas, por último, en un ejército ya importante.

Desgraciadamente, han concurrido á formar parte de él muchos jefes y oficiales que, injustamente olvidados por la revolución, solo figuraban nominalmente en los escalafones de sus armas; otros que se veían postergados, sin más delito que el cumplimiento de sus deberes; otros, en fin, que, conservando las modestas posiciones á fuerza de buenos servicios, veían alcanzar altas gerarquías á los viciosos, insubordinados y más bullangueros.

¿Qué condiciones tiene hoy el ejército carlista del Norte? Es un ejército de guerrillas, perfectamente organizado como tal para la defensa de su país; es un ejército que encuentra todas sus ventajas en la movilidad, que nada le dificulta, pues que carece completamente de arrastres; es un ejército que se reúne y se fracciona con gran facilidad y sin peligro, dentro de un país que le es sinceramente adicto y del que recibe protección y amparo. Si dejara el sistema de guerrillas para convertirse en ejército regular, si aumentase los medios de acción con artillería rodada ó trénes que exigiesen arrastres de cualquier especie, perdería su especialidad, exponiéndose á ser deshecho en una batalla.

Con las condiciones que tiene no llevará á cabo grandes empresas, solo reservadas á los verdaderos ejércitos; pero podrá prolongarse por largo tiempo su existencia, si se estudia con detención é interés la manera de aniquilarlo con la palanca de la política, á la par que con el peso de la espada.

Examinemos ahora el modo de ser del ejército que tiene enfrente.

Antes hemos recitado que los altraliberales habían sido siempre enemigos declarados de esta institución; y como el movimiento de setiembre tomó desde luego un tinte más subido del que quizá se propusieran

los que lo iniciaron, al día siguiente de la batalla de Alcolea empezó la obra demofodora, primero con adelantados licenciamientos, que dejaban en cuadro los batallones, después con la predilección hacia determinados jefes y oficiales reputados por sus antecedentes turbulentos y revolucionarios, y la separación de aquellos que no habían tenido más norma que la ordenanza. La necesidad de mayor número de bayonetas para combatir carlistas hizo incurrir por segunda vez en la funesta idea de crear cuerpos francos y móviles, que han sido y serán siempre elemento perturbador en todos los ejércitos, contándose los días de sus servicios por los motines, desmanes y actos de disciplina.

Con esta determinación armonizaba la de prodigar los ascensos injustificados, la de consentir el escalo de las altas graduaciones desde la clase de paisanos; la purificación oficial de los manchados con delitos comunes, la disolución del cuerpo de artillería, que ponía tan importante instituto en manos incompetentes, la de predicar y sancionar el derecho de insurrección y la de las condescendencias con la tropa, enderezadas á derruir su disciplina. Una mal entendida filantropía de parte de los que no han estudiado la índole y modo de ser de los ejércitos puso coronamiento á la obra, estatuyendo remunerar al soldado con una peseta sobre su haber, esto es, convirtiéndolo en mercenario y alcanzando la inmediata consecuencia de los horribles sucesos de Cataluña, repetidos en Cartagena y sucesivamente en todo el ámbito de la Península.

No hay para qué detallar las escenas de la desorganización del ejército que el país llora hoy con lágrimas de sangre. Por fortuna, cuando ya nos encontrábamos al borde del abismo, un hombre de sana razón y grande entendimiento dejó á un lado las teorías disolventes de muchos de sus amigos, y con grande patriotismo y firme resolución, reorganizó el cuerpo de artillería, como base de la futura restauración de la fuerza pú-